

## LECCIONES DE PÍCAROS

No se fíen vuestras mercedes de todo lo que vean y menos aún de lo que oigan, se lo digo yo que, desde que tengo memoria, sufro de sordera y a menudo veo cosas que no existieron y recuerdo acontecimientos que nunca tuvieron lugar.

Sirvan estas páginas garabateadas en estos pliegos para poner en claro estas y otras ideas que me tienen la conciencia intranquila, que no pude incluir en mi triste biografía pues el manuscrito fue malvendido antes de tiempo a un librero de Burgos que se ha hecho rico a mi costa, mientras yo llevo lustros gastando las suelas de mis alpargatas y dejándome el alma en estas tierras secas de Castilla.

Mi nombre, ya lo sabrán la mayoría, es Lázaro de Tormes y nací en el mismo río que me da nombre, a su paso por Salamanca. No les voy a relatar de nuevo mis peripecias porque son de sobra conocidas, mas quiero poner en el conocimiento de vuestras mercedes algunos episodios de mi vida que por olvido o vergüenza no incluí en mi celeberrimo libro de andanzas.

Antes que nada quisiera reivindicar ante el futuro lector de estas letras que he sido desde casi siempre sordo, y que la sordera en lugar de ser un embarazo me hizo espabilar, su compañía me transformó en un mozo de ciego más listo que el hambre y, les aseguro, que el hambre que yo he pasado ha sido tan grande como uno de esos monstruos que, según decían las viejas, poblaban las aguas del océano más allá de las Canarias.

Todo empezó siendo yo aún muy niño, cuando aquel ciego que el infierno confunda llegó a casa de mi madre y se ofreció a darme trabajo y mantenerme, ya saben todos que faena me dio cuanta quise, pero que para alimentarme tenía yo que procurarme los cuatro mendrugos que conseguía, un día sí y otros dos no, echarme a la boca.

Ahora, con el polvo del tiempo cubriendo nuestra memoria, puedo decir que el ciego fue el culpable de que yo adquiriese esta sordera que con el paso de los años se ha ido haciendo más grave, pero también más amable, sepa quién me lea que si te llevas bien con tus penurias puedes usarlas a tu favor, como el viento en las velas de los barcos o el fuego en los hogares de las cocinas.

Fue saliendo de Salamanca, ya lo habrán leído vuestras mercedes, cuando vimos un animal con forma de toro o de verraco, esculpido en piedra y vigilando la entrada al puente. El ciego, que todo lo sabía, me dijo poniendo la voz grave, que arrimara mi cabeza a aquella bestia y oiría en su interior unos ruidos extraños que bien pudieran proceder del mismísimo infierno. Del infierno venía sin duda el mal ciego que cuando sintió que tenía mi cabeza sobre la piedra me dio un calabazón con tanta fuerza que me hizo ver las estrellas y me dejó el oído derecho pitando varios días como si tuviera dentro de la cabeza un ave burlona.

“Es una lección de vida” dijo el granuja, tenía que hacerme saber que no hay que fiarse de nadie, que el mozo de ciego ha de ser un punto más listo que el diablo. Aprendí la lección y seguro que aquel día comencé a espabilar, pero a cambio casi perdí por completo el oído derecho con el que, aparte de los pitidos, no escuchaba más que ruidos sin sentido.

Me pareció que en aquel momento despertaba de la niñez, si es que se puede llamar así a la vida que llevaba, siempre procurando conseguir un poco de pan metiendo las narices en los hornos del municipio o alguna fruta u hortaliza cogidas al descuido en el mercado y que no pocas veces me valió ser apaleado o, como poco, corrido por entre las calles de Salamanca, mal adoquinadas, donde se acumulaba el agua sucia y cuyo trazado con forma de laberinto me servía para escapar en dirección a la aceña de mi madre.

Por eso la sordera que me produjo el golpe de mi amo parecía que no podía traerme nada bueno. Para cualquier pícaro que trata de ganarse la vida entre las callejuelas de las ciudades de Castilla es imprescindible, además de unas buenas piernas, un ojo que sepa ver más allá de lo que ven los demás y un oído fino con el que poder oír llegar a los corchetes de la justicia o la mano del vendedor que se acerca sibilina a tu cuello o a tus espaldas. Y yo me quedé sin esa herramienta, tan pequeño, un niño ahora que puedo echar la vista atrás y verme con la distancia que los años y las leguas de barro y polvo han puesto entre este hombre que soy y el infante que salió de la casa maternal. Un niño con un oído apagado y el otro con un ruido de fondo, un pitido del demonio que no me permitía prever la llegada del ciego ni de los comerciantes a los que había distraído unas peras o unos huevos de gallina.

Sepan vuestras mercedes que si no hubiera sido por la sordera que me provocó aquella cornada de piedra jamás hubiera podido el ciego pillarme bebiendo de su cántaro de vino al que no oí llegar hasta mi cara y estrellarse contra mis dientes, que si hubiera tenido el oído sano nunca me hubiera pillado robándole las uvas ni la longaniza.

Puedo decir pues, que parte de mis desgracias comenzaron por el oído, aunque también es justo decir, que al faltarme parte de este sentido conseguí que los demás se agudizasen, y más de una vez me ha salvado la vida o el cuello el poder ver antes que nadie que se avecinaba una desgracia o el oler las complicaciones a muchas leguas de distancia. La carencia del oído me ha conducido a saborear con más intensidad la vida, desde muy pequeño la he visto llena de posibilidades, puedo decir sin que suene a chanza que he sabido ver lo mejor del mundo gracias a mi sentido del gusto.

Mucho se ha dicho y mucho se ha escrito de mis andanzas, como digo apenas me han traído ningún beneficio y si ahora vivo decentemente, tengo un techo donde cobijarme y una mujer decente a mi lado, no ha sido por aquellas letras que junté para sanar mi alma y que aquel espabilado impresor hizo públicas, todo mi progreso en medio de esta España imperial ha sido gracias a mi trabajo, sabrán vuestras mercedes que desde hace años soy pregonero de esta ciudad de Toledo, que todos los bandos pasan por mi garganta y que, al parecer, los declamo con voz fuerte y clara debido, seguramente, a que no oigo los comentarios maliciosos, los insultos y blasfemias que mis vecinos profieren cuando anuncio tasas nuevas, impuestos para el municipio o alcabalas para el rey.

¿No les decía a vuestras mercedes que hay que aprovechar las carencias? No hubo amo que no quisiera beneficiarse de mi sordera, y no hubo ninguno, incluido el ciego al que no consiguiera engañar. No quisiera que ningún hijo mío, si los tuviese, tuviera que cruzar su infancia aprendiendo a base de golpes y requiebros para engañar al estómago y mentir al alma, pero también es cierto que no sería lo que soy ahora si no

hubiera sido mozo de ciego, ayudante de un hidalgo rico solo en dignidades e hidalguía al que yo mismo tuve que alimentar, de un fraile andarín y de un buldero estafador. A todos hice buena cara y oídos sordos, a todos aprendí a sobrellevar y de todos logré escapar más fuerte y más sabio.

Hace unos meses oí decir a un bachiller que, al parecer, había leído mis andanzas, que mi persona bien puede representar a esta España gloriosa del rey Prudente cuyos súbditos se retuercen de hambre, que cada uno de mis amos ciegos pícaros, hidalgos pobres, capellanes avaros o bulderos estafadores bien pueden ser un símbolo de nuestra sociedad y nuestras gentes. Se reía el bachiller explicándome que un hombre sin el sentido de la vista me había enseñado las luces de la vida, y les aseguro que se tronchaba tirado en el suelo cuando le confesé que aquel ciego, además, me había provocado una sordera crónica con la que había aprendido a manejarme en el mundo y a escuchar mejor qué camino tomar y adonde ir.

El bachiller, que regresaba a Salamanca, la ciudad de donde yo salí siendo un niño, me propuso que contara todo esto, que mis andanzas no podían quedarse sin esta lección de vida, y es por eso que he decidido ponerlo por escrito en esta tarde calurosa de verano, recogido en esta casa donde vivo, mientras mi mujer ha escapado silenciosa por la puerta trasera y las cigarras cantan, distraídas y confiadas, al verano.

*Sansón Carrasco*